

honra de los Mexicanos." A ninguno pareció bien el atrevimiento de *Atlacaellel*, juzgándolo por temeridad, porque iba en manifiesto peligro de la vida; pero considerando el Rey que en aventurar la vida de uno y asegurar la de todos, importaba mas á su Reyno, aunque le pesaba, le mandó que fuesse, y aperciéndose el animoso *Atlacaellel* lo mejor que pudo, partió de la ciudad de México y con gran osadía llegó á donde estaban las guardas de *Ascaputzalco*, donde halló solo un rodadero y otros sin armas que con él estaban, los quales le dijeron: "¿Qué buena venida es ésta? ¿no eres tú *Atlacaellel* sobrino de *Itzcohuatl* Rey de México?" El respondió que sí; dijeron luego ellos: "¿Pues á donde vas? ¿No sabes, señor, que nos han mandado expresamente que no dejemos entrar á persona nacida de los Mexicanos en la ciudad, sino que luego los matemos?" El les respondió: "Yo sé lo que se os ha mandado, mas ya sabéis que los mensajeros no tienen culpa. Yo soy enviado á hablar á vuestro Rey de parte del de México y de la demás gente y señores, y así os ruego me dejéis pasar, que yo os prometo de volver por aquí, y si entonces me quisieredes de matar, yo me pondré en vuestras manos; dejadme hazer mi embajada, que yo os aseguro por ello no recibais pesadumbre alguna." Al fin supo persuadir tan bien á las guardas que le dejaron entrar, y fuesse á donde estaba el Rey, y puesto ante él le hizo su acatamiento debido: el Rey como le vió y conoció, admiróse y preguntóle: "¿Cómo has entrado en la ciudad, que no te han muerto las guardas de ella?" El le contó todo lo que habia pasado, y queriendo saber el Rey á qué era su venida, propúsole *Atlacaellel* su embajada, persuadiéndole con la paz, rogándole que tuviese lástima de la ciudad de México, de los viejos y niños, finalmente, mostrándole todos los daños que por la guerra sucederian; le suplicó que aplacasse el enojo de los señores y principales; pues ellos querian servirle como hasta allí. Quedando el Rey muy persuadido é inclinado con las palabras de *Atlacaellel*, le dijo que se fuesse no rabuena, que él hablaría á los grandes de su corte, y daría medio con que se les aplacasse la ira, y que si no viniessen en ello, entendiesse no podía mas ni era en su mano. El animoso mancebo le preguntó quando quería volviessen por la respuesta, el Rey le respondió que otro dia, él le pidió seguridad para las guardas, porque no le matassen, pues era mensajero; el Rey le dixo que la seguridad que le podía dar era su buena diligencia en mirar por su persona. Viendo *Atlacaellel* lo poco que el Rey podía en aquel caso, despidiéndose dél, dió la vuelta á su ciudad, y llegando á las guardas halló más aparatos de guerra y gente apercebida, y llegando á ellos los saludó y dijo: "Hermanos míos, yo vengo de hablar á vuestro Rey y traigo respuesta para el mio, si sois servidos dejarme pasar, agradeceroslo he; porque supuestó que trató la paz y no engaño á ninguno, no hay razon para que yo reciba daño ninguno, y demás desto yo he de volver luego por la respuesta y resolución deste negocio; que me mateis hoy ó mañana, va en ello poco á dezir, yo os empeño mi palabra de venirme á poner en vuestras manos." Las guardas con este buen término, le dieron lugar á que saliesse, y quando *Atlacaellel* llegó á la ciudad de México sin lesion, el Rey y toda la ciudad recibieron gran contento, y contándoles lo que le habia pasado, dijo que era forzoso volver otro dia por la resolución del negocio; y así el dia siguiente por la mañana fué á pedir licencia á su Rey para ir á

concluir su negocio, el qual le dijo: "Sobrino mio, agradézcote el cuidado que pones y diligencia en este caso, donde pones tu vida á riesgo; lo que has de hazer, es dezir al Rey de *Ascaputzalco*, de mi parte, que si estan ya determinados en dejarnos de su mano y desampararnos, ó si nos quieren tornar á admitir en su amistad y gracia; y si te respondiesse que no hay remedio, sino que nos ha de destruir, toma esta uncion con que unguimos los muertos, y úntale con ella todo el cuerpo y emplúmale la cabeza como hazemos á los muertos, en señal de que ha de morir, y dale esta rodela y espada y estas flechas doradas que son insignias de Señor, y dile que se guarde y mire por sí, porque hemos de hazer todo nuestro poder por destruirlo." Partió *Atlacaellel* con todo aquel aderezo á la ciudad de *Ascaputzalco*, donde las guardas le dejaron entrar, teniéndole por hombre de su palabra, siendo su intento tomarle dentro de la ciudad y matarle á la vuelta: llegado *Atlacaellel* ante el Rey, le propuso su embajada, el qual le respondió: "Hijo, ¿qué quieres que te diga? que aunque soy Rey, los de mi Reyno quieren daros guerra, ¿qué les puedo yo hazer? porque si nuestra voluntad es estorbarla, pongo mi vida á riesgo y la de todos mis hijos; estan muy enojados y furiosos contra vosotros, y piden que seais destruidos." Entonces le dijo *Atlacaellel* con grande ánimo: "Pues, Señor, tu siervo el Rey de México te envia á esforzar y dize que tengas ánimo: yo osuerzo á que te apercibas, porque desde agora te desafia á tí y á tu gente, y se da portu mortal enemigo, y que ó él y los suyos han de quedar muertos en el campo y por perpetuos esclavos, ó vosotros, y á tí te pesará de haber comenzado cosa con que no has de salir; tambien me mandó te ungiesse con esta uncion de muertos, para que te aparejes á morir." Y dándole las demás insignias, el Rey se permitió ungir y armar de mano de *Atlacaellel*, lo qual hecho, le dijo el Rey que diesse las gracias á *Itzcohuatl*: queriéndose despedir dél *Atlacaellel*, le detuvo diziendo: "Hijo *Atlacaellel*, no salgas por la puerta de la calle, porque te estan esperando para matarte, yo he mandado hazer un portillo á las espaldas de mi casa, por donde puedes salir y ir seguro á tu ciudad, y porque no vayas sin que te haga mercedes por el amistad que has mostrado y señales de valeroso, toma estas armas y esta rodela y espada con que te defiendas." Rindiendo las gracias *Atlacaellel*, salió por el portillo que le habian hecho, y escondido por sendas secretas, vino hasta dejar las guardas atras. Ya que se vido en términos de México, mostróse á las centinelas y díjoles: "Ah *Tepanecas*, *Ascaputzalco*, y qué mal hazeis vuestro officio de guardar vuestra ciudad, aparejaos, que no ha de haber *Ascaputzalco* en el mundo, porque no ha de quedar en él piedra sobre piedra, ni hombre ni mujer, que todos no perezcais; por esso apercibios que de parte del Rey de México, *Itzcohuatl*, y los de la ciudad, os desafío á todos." Oyendo las centinelas lo que *Atlacaellel* les dezía, espantados de ver hubiesse salido sin que le viessen, arremetieron á él para matarle, mas él, haziendo rostro á todos, antes que se le desenvolvesen, mató algunos dellos, y viendo que se juntaba gente, se fué retirando con ánimo valeroso hasta la entrada de su ciudad, donde le dejaron.

Llegando *Atlacaellel* á México dió noticia al Rey de todo lo que habia acontecido y como dejaba hecho el desafio con todos de modo que no se po-

dia excusar la batalla: oyendo esto la gente comun comenzó á hazer lástimas, y á mostrar su ordinaria cobardía pidiendo al Rey y á los Señores los dejasen salir de la ciudad. Consolándolos los señores y el Rey en persona les dixo: "No temáis, hijos míos, que aquí os pondremos en libertad sin que os haga mal ninguno." ellos respondieron, "y si no saliéredes con la victoria ¿qué será de nosotros?" Respondió el Rey, "si no saliéremos con nuestro intento nos pondremos en vuestras manos para que nuestras carnes sean mantenimiento vuestro, y allí os vengueis de nosotros y nos comais en tiestos quebrados y sucios para que en todo seamos infamemente tratados." Respondieron ellos, "pues mirá que si así lo hemos de hazer y cumplir, pues vosotros mismos os dáis la sentencia, y si saliéredes con la victoria, nosotros nos obligamos á servirlos y tributarlos y ser vuestros terrazgueros, y edificar vuestras casas, sirviéndoos en todo padres y hijos como á verdaderos señores nuestros, y quando fuéredes á las guerras prometemos llevar vuestras cargas y bastimentos y armas á cuestras sirviéndoos por todos los caminos por donde quiera que fuéredes; finalmente vendemos y subjectamos nuestras personas y bienes en vuestro servicio para siempre." El Rey y sus principales viendo á lo que se ofrecia y obligaba la gente comun, admitieron el concierto, y tomándoles juramento de cumplirlo lo juraron todos.

Hechos los conciertos de unos y otros mandó el Rey á *Atlacaellel* que luego apercibiese la gente y la pusiese en orden, lo qual fué hecho con toda diligencia dando las capitanías á todos los hijos de los Reyes pasados, hermanos y deudos muy cercanos del Rey *Itzcohuatl*. Poniéndose en sus escuadrones y ordenanza hizo el Rey un razonamiento á todo el ejército, esforzándolos á morir ó vencer, poniéndoles por delante el noble origen y valor de la gente Mexicana, y que mirasen que aquel era el primer combate y muy buena ocasion para salir con honra y hazer temer y temblar las demas naciones; que nadie desmayasse, pues la mucha gente de los *Tepanecas* que llegaban hasta los montes, no hazian nada al caso, sino el ánimo varonil; mandóles expresamente que cada uno siguiese á su capitán, acudiendo todos á donde viessen que habia mas necesidad, y que ninguno echasse pié adelante sino mandado. Y con esto comenzaron á marchar hácia *Azcaputzalco* con mucho orden y concierto á donde iba su mismo Rey y el valeroso *Atlacaellel* por general de todo el ejército, y yéndose acercando, los de *Azcaputzalco* los divisaron y luego les salieron al encuentro con muy buen orden, llenos de grandes riquezas, oro, plata, joyas y plumajería, ricas divisas de rodela y armas como gente poderosa que entonces tenia el imperio de toda esta tierra: los Mexicanos aunque pobres de atavíos, pero llenos de ánimo y esfuerzo con la industria y valor de su general, en viéndolos se fueron á ellos con gran brío y ántes de acometer el valeroso *Atlacaellel*, mandó á todos los capitanes y Señores y mancebos que mostraban mas osadía y deseo de la guerra, que puestos en ala, oida la señal acometiessen á los enemigos, y que

la demas gente comun y soldados de ménos esfuerzo se estuviessen quedos, á los quales el Rey tuviese á punto para su tiempo, y que si los enemigos fuessen de vencida, no saliessen de su ordenanza sino que juntos siempre fuesen entrando en la ciudad de *Azcaputzalco*. Dicho esto ya los enemigos estaban bien cerca, y ellos poniéndose en ala como *Atlacaellel* lo habia ordenado, el Rey *Itzcohuatl* tocó un pequeño atambor que á las espaldas traia colgado, y en dando esta señal, alzaron los del ejército Mexicano tan gran vocería y silbos, que pusieron gran temor á toda la gente contraria, y arremetiendo con un coraje y ánimo invencible se mezclaron con los de *Azcaputzalco*, y como desesperados hirieron á diestro y á siniestro sin orden ni concierto, comenzaron á apellidar México, México, y de tal suerte alborotaron á los de *Azcaputzalco* que comenzaron á perder el orden que traian y desbarátanse cayendo mucha gente de la comun muerta y dándose los Mexicanos gran priesa y maña á herir y matar siempre con igual ánimo y fuerza, comenzaron á retirarse los de *Azcaputzalco* á su ciudad, y los Mexicanos á seguirlos ganándoles tierra. Los Mexicanos que con temor no habian acometido, viendo su gente prevalecer salieron entonces con grande ánimo á los enemigos: viendo esto el Rey Mexicano, fué luego cebando de gente sus escuadrones y lo mismo hazia el de *Azcaputzalco*, pero estaban tan animados los Mexicanos que no pudiendo resistirlos los de *Azcaputzalco* desampararon el campo, metiéndose en su ciudad: el animoso *Atlacaellel* general en el ejército Mexicano, comenzó á dezir á grandes voces: victoria, victoria, entrando tras ellos matando é hiriendo sin ninguna piedad. Entonces el Rey *Itzcohuatl* mandó á todo el resto del que con él habia quedado asolassen la ciudad, y quemassen las casas, y robassen y saqueassen todo lo que en ellas hallassen no perdonando hombre ni mujer, niños ni viejos, lo qual fué ejecutado sin ninguna piedad ni lástima, no dejando cosa enhiesta ni persona á vida, sino los que huyendo se habian acogido á los montes, á los quales no perdonaron los Mexicanos, porque los fueron siguiendo como leones encarnizados, llenos de furor y ira hasta meterlos en lo mas áspero de las sierras, donde los de *Azcaputzalco* postrados por tierra rindieron las armas prometiendo darles tierras y de labrarles casas y sementeras, siendo sus perpetuos tributarios, y así mismo darles piedra, cal y madera para los edificios y todo lo necesario de semillas y legumbres para su sustento. Teniendo lástima de ellos el general *Atlacaellel* mandó cesar el alcance y recoger su gente, y haciendo jurar á los de *Azcaputzalco* que cumplirian todo lo que prometian, se volvieron de allí los Mexicanos, victoriosos y alegres á su ciudad con muchas riquezas y despojos que hallaron en *Azcaputzalco*, porque como era la corte estaba allí toda la riqueza de la nacion Tepanecana. (*)

(*) Batalla grande que tuvo el Rey *Atlacaellel* (sic) con los de *Azcaputzalco* que los mató casi á todos y los saqueó de grandes riquezas que tenían por ser la corte de los *Tepanecas*. (Lám. 9.)

El día siguiente el Rey *Itzcohuatl* de México mandó juntar á todos sus principales y les dijo que se acordassen cómo la gente comun se habia obligado á perpetua servidumbre si salian con la victoria y assí seria bien llamarlos y amonestarlos que habian de cumplir lo prometido: juntada toda la gente comun les propusieron el caso y ellos respondieron que pues lo habian prometido y los señores y principales con tanto esfuerzo y valor lo habian merecido, que no tenian réplica sino que ellos lo harian y cumplirian y allí lo juraron de nuevo, obligándose en todo lo que ya queda referido, lo qual han guardado perpetuamente. Luego fueron á la ciudad de *Azcaputzalco*, donde repartieron entre sí las tierras de la ciudad dando primero lo mas y mejor á la corona Real, y luego al capitán general *Tlacaellel* y luego á todos los demas señores y principales de México, á cada uno segun se habia señalado en la guerra: á la gente comun no dieron tierras sino á algunos que mostraron algun esfuerzo y ánimo, á los demas echaronlos por ahí denostándolos como á gente cobarde y de poco ánimo que no poco hizo al caso para lo de adelante: tambien dieron tierras á los barrios para que lo que de ellas cogiessen lo empleassen en el ornato y culto de sus Dioses y templos, y este estilo guardaron siempre en todas las particiones de tierras que ganaron y conquistaron. Quedaron entónces los de *Azcaputzalco* tan estrechos y necesitados de tierras que apenas tenian donde hazer una sementera. Hecha la particion, el Rey de México hizo llamar á todos los de *Azcaputzalco* y imponiéndoles el tributo y servicio personal á que se habian obligado quando los rindieron, mandó por público edicto que desde aquel día no hubiesse Rey en *Azcaputzalco* sino que todos reconociesen al Rey de México, so pena de tornarlos á destruir si á otro Rey reconociesen ni apellidassen, y assí quedó *Itzcohuatl* por Rey de *Azcaputzalco* y de México desde aquel día.

Los de *Coyohuacan*, segunda ciudad de los *Tepanecas*, viendo su corte destruida y tributaria, enviaron á dezir á los de *Azcaputzalco* la gran pena que de su pérdida é infortunio tenian, offresciéndoles sus personas y quanto fuesse menester para restaurar y vengar el mal que los Mexicanos les habian hecho; los de *Azcaputzalco* se lo agradecieron y respondieron que no era tiempo de aquello, que les dejassen llorar su desventura y desastrada pérdida, lo qual en muchos años no podrian restaurar. Oida la respuesta, los de *Coyohuacan*, llenos de ira y rabia con igual temor, dijeron: "No nos traten los Mexicanos desta suerte, y tomándonos nuestras tierras nos hagan sus tributarios; pongámonos en defensa antes que, movidos ellos con su presumpcion y buen suceso, nos acometan;" en lo qual se engañaron, pues no tenian tal pensamiento los Mexicanos por ser como era una gente tan noble que nunca jamas se inquietaron ni dieron guerra sin ser justamente provocados como adelante se dirá.

Andaban los *Tepanecas* de *Coyohuacan* muy inquietos y rabiosos por des-

truir los Mexicanos, y assí la gran pasion les cegó á quererles dar guerra: comenzaron luego á usar de malos términos con los Mexicanos para provocarlos, saliendo á los caminos, robando y maltratando con palabras injuriosas á las mujeres mexicanas que iban á los mercados de *Coyohuacan*, lo qual sufrió el Rey de México por muchas veces, hasta que vió que se desvergüenzaban ya mucho; entónces mandó que ninguna mexicana fuesse á los mercados de *Coyohuacan*, ni entrasse ni tratasse en aquella ciudad so pena de la vida. Viendo los de *Coyohuacan* que no iba la gente mexicana á los mercados como solian, temieron mucho, entendiendo que ya los Mexicanos estaban avisados, por donde creian que pronto les darian guerra, por cuya causa comenzaron á poner en órden y aprestar sus gentes, amonestándoles que se esforzassen y mirassen que no habian de pelear con quien quiera, sino con los Mexicanos, gente belicosa, fuerte y astuta; y creciéndoles mas el temor, intentaron provocar á todos los Reyes comarcanos contra la nacion mexicana, enviando sus mensajeros á proponerles muchas falsedades y maldades para que se hiziessen á una con ellos y destruyessen á los Mexicanos, pero ninguno de los Reyes quiso acudir ni oír á los de *Coyohuacan*, ántes los reprehendian de gente sin razon y temeraria, porque estaban ya los Mexicanos en grande opinion despues que subjectaron á *Azcaputzalco*, que era el primado de toda esta tierra: quedaron los *Tepanecas* de *Coyohuacan* mas acobardados, pero el Señor dellos, viéndolos acobardados y tristes les dijo: "*Tepanecas*, ya aquí no hay que rehusar, ¿por ventura hémonos de esconder? ya tenemos enojados á los Mexicanos, no podemos hazer otra cosa sino morir ó vencer; por esso esforzaos, que este es el postrer remedio, y parésceme que conviene entiendan que no les tememos; y para esto les hagamos alguna burla." Para esto trataron algunos que convidassen á los Mexicanos, y que en el convite los tomassen descuidados y los matassen á todos, á lo qual respondió el Señor de *Coyohuacan*, "que aquello era muy gran traicion y de hombres viles y apocados, y que no se habia de pensar tal maldad y traicion dellos, porque serian temidos por cobardes, y los afrentarian las demas naciones; que él daria otro medio más á su honra, y con que fuesen temidos de los Mexicanos; que los convidassen, que á su tiempo lo diria, y que en el interior se pertrechassen y estuviessen todos aderezados y apercebidos." Llegada la solemnidad de una de las fiestas, que los *Tepanecas* celebraban, convidaron á ella á los Mexicanos, los quales aceptaron el convite, y vinieron sin temor ninguno solos los principales, y ántes de salir de México, el valeroso *Atlacaellel* que iba con ellos dijo al Rey *Itzcohuatl*: "Señor, no queremos que tú vayas á este convite, porque no es justo que tengas tu persona real en tan poco que vayas al llamado de un señor particular; seria envilecer tu persona real y la grandeza de tu magestad y Reyno de México: y tambien porque no sabemos á qué fin se endereza este convite al qual no iremos tan descui-